

Una novela que osa nuestra indagación: “*Aquiles o El guerrillero y el asesino*”, Carlos Fuentes (2015)

¹Luis Ernesto Lasso Alarcón

¹Docente Universidad de la Amazonia.
Correo: ernestolasso@yahoo.es

Desde afuera

Este mexicano, hijo de Embajador, escribió la novela más perfecta del Siglo XX: “**La muerte de Artemio Cruz**”. Quienes la recuerdan no pueden olvidar el equilibrio de esa experimentación narrativa y la profundidad contrastante del bizarro y convulso México de la postguerra.

Como Fuentes quiso tanto a Colombia –en Gabo, Gaitán, Durán, Botero y hasta López M.- gastó sus últimos 20 años indagando para este texto crónica-testimonio-novela que, sin velos ni academicismos de moda, ayuda a esclarecernos. “No quiso entregar el manuscrito hasta que el conflicto armado no llegara a su fin”, escribe su viuda, mientras asegura que Carlos lo ubicaba como crónica: “me limito al testimonio de sucesos contemporáneos que me han tocado de cerca”.

A su vez el crítico Julio Ortega que organiza y prologa el texto, lo precisa: “crónica... histórica y personal”, situándola en el cosmos de nuestro devenir: “Entre el crimen del narcotráfico, el derroche histórico de una guerrilla que para negociar la paz dispara y grupos ultramontanos autoritarios y antimodernos, Pizarro proseguía con una guerrilla reivindicadora del campesinado acorralado, renovando el ánimo político estancado en la polarización”.

Detenerse en Pizarro y los otros Comandantes del M-19, tanto como en el país violentado, seguramente se da por lo que advierte Ortega: “Estos dos Carlos podrían hacer parte de la misma familia: la alta burguesía latinoamericana”. Como si Marx, Engels, Lenin, Ho,



Mao, Fidel, Camilo, Che fueran proletarios...

De adentro

Sólo pretendo tributar a un escritor –como pocos- que no sucumbe a la tentación del “realismo mágico”, así busque correspondencias con mitos griegos, para hallar terribles maravillas en nuestra condición, esforzándose por significar los magnicidios silenciados, tanto como los campesinos masacrados. Las referencias abundan: Galán comunero, Uribe Uribe, bananeros, Gaitán, Galán liberal, Gómez conservador y también los que se atrevieron a intentar la superación del bestial bipartidismo apátrida.

Como se trata de dejar que la voz narrativa se oiga, y no de probar, citando académicamente, la sabiduría del reseñador, busco sintetizar lo descollante de la obra, en especial porque en estos lares no se estilan captaciones tan políticas y señaladoras. Así las voces agonistas:

Jorge Gaitán Durán: “El interés de la oligarquía es que no haya Estado en Colombia... No hay Estado, no hay Nación, no hay Memoria. Hay rencores vivos. Sólo hay amor y odio”.

Jorge Eliécer Gaitán: el que le dice la verdad a la gente, el que quiere unir ciudad y campo, anuncian Fuentes y Aquiles: “...mírelos salir de la iglesia, caminar en los clubes: son idénticos, pero se llaman distintos: liberales y conservadores” (...) “La política colombiana es el arte de echar la culpa de la violencia a los campesinos, a los pueblos, a las guerrillas. Que ellos se maten entre sí, dicen. Nosotros vamos al mismo club, a la misma iglesia, a la misma universidad británica o norteamericana (...) Ellos son los dueños de la política; nosotros somos dueños de la sociedad (...) La violencia, acabará por despojarnos de legitimidad. La violencia engendrará más violencia. Ellos la crearon; los matará a ellos”.

El padre de los Pizarro: Con su mujer, creían en lo fundamental: la persona tiene derechos; no te pueden arrestar sin causas; no te pueden torturar... Con el cura Filopáter que martillaba con disciplina, trabajo, educación y libertad, con abandonar la penitencia para salir al mundo a transformarlo, en tanto la rebelión es derecho divino –así termine sodomizando a una putica en el burdel-, el oyente Aquiles sufría las contradicciones de personas honradas, en especial su padre que no cedía ante las políticas castrenses gringas: “¿Qué tiene usted almirante, contra la lucha anticomunista?” “Será pretexto para reprimir sindicatos, campesinos, estudiantes”. Y ante el general formado en la Escuela de las Américas: “No había comunistas en Colombia si hubiera más escuelas, caminos y hospitales”; ante la insistencia apátrida reflexionó – que pena que sea él solo-: “El deber de un buen ciudadano colombiano es ser un buen ciudadano gringo”.

Y la madre –del cono sur, liberal, educadora por apostolado-, en Medellín acariciaría la cabeza del chico desnutrido -Kike- que al crecer en sicariato, asesinaría a su hijo Aquiles.

Aquiles, en trance de serlo: el acopio genera dudas: “¿Puede empezarse de nuevo, sin

repetir lo que hemos decidido olvidar?” Y lo confirmado “La tierra no es de quien la trabaja”. Más los lazos atadores: “Los caciques representan políticamente a los terratenientes”. Profundización desde el gaitanismo: “La rebelión de los débiles se llama Violencia. La Violencia de los poderosos es impunidad”. La ligazón de historias siempre hiladas: “El ejército y la policía crean paramilitares: pájaros y mercenarios”; “La sangre es el lubricante del capital. La corrupción también” (...) Consecuencias: “la guerrilla es el combustible de la revolución; la revolución es el combustible de la justicia”. Decirlo, afirmará: “Estamos aquí para iniciar la revolución, tantas veces interrumpida (...) Ganaremos en experiencia (...) A ver si a nosotros nos salen bien las cosas y sino, vendrán otros a juzgarnos” (...)

Ya estaban internalizadas las luchas estudiantiles de los 60', el 68' parisino, debates amistosos con troscos y maoístas, la gran Revolución Cubana: “Mentada de madre a los gringos en su patio trasero”. Faltaba el rapto de la Brígida, por el cacique esmeraldero Salomón Parras. Para dirimir la afrenta, enfrentó al dominó al comandante Pizarro.

Evocó: el asesinato de Gaitán, 200 mil fincas cambiaron de mano 1 millón emigraron del campo a la ciudad, mientras los dividendos de café y esmeralda crecían. Cuando se cambió la coca –más rentable que esmeraldas y oro- anunció lo terrible: los movimientos armados acabaron por servirnos: fines pragmáticos, les pagamos para que controlen el desorden campesino alebrestados por el “boom” de la droga. Entre la corrupción de ejército y policía, pagamos a la guerrilla para que nos proteja (...) el 70% de Colombia vive de nuestro negocio. Somos dueños de 1 millón de hectáreas sembradas (...) los gringos no espantan: seremos la oferta, mientras ellos sean la demanda. En resumen, Comandante, su grupo se une a nosotros y yo lo devuelvo a la Brigada.

Y, los cuatro revolucionarios, ¿quiénes eran?

Hijos de Camilo recién paridos con proveniencias similares: el alegre Diomedes, el ensimismado Pelayo, el dubitativo Cástor, el vulnerable Aquiles (...) Cástor y Amalia leyeron pegados “*Rayuela*” y buscaron sitio en “*La vorágine*”; Pelayo y Agustina se fundieron en amor para trascender, mientras Diomedes cantaba “La carne ausente es el apoyo de mi soledad” (...) Empezaron robando leche para los niños de invasiones; ellos pagaron sacando condones de un hospital, para adornar el árbol navideño. Ahí se plantearon el reto nuevo: “¿Es posible hacer una guerrilla neta latinoamericana, no aprisionada en las rivalidades de la guerra fría, que atendiera sólo a las tradiciones y necesidades de nuestros desventurados países?” (...) buscaban afirmarse mirando el pasado propio: fraudes electorales, farsas bipartidistas, inmovible violencia, esquizofrenia constitucionalista, toda la impunidad. Se preguntaban por los 200 niños que murieron diariamente en la República del Sagrado Corazón y seguían: acuerdos elitistas para dividirse el país, incapacidad de reformar, clientelismo y corrupción, ¡siempre! (...) En la Noche vieja recuperaron 5000 mil fusiles y escribieron en las paredes tintas en sangre del Cantón Norte: “Feliz Navidad con Armas para el Pueblo”

El propio Carlos Fuentes, se introduce en la materia que nos toca hasta el desánimo:

“Hablar de historia aquí es hablar de violencia”; “Colombia es para mí, lo que México es para ellos: un país propio y extraño a la vez”; “Los caudillos deben morir jóvenes para no corromperse viejos: Zapata, Marcos, tantos”; “El Poder no quiere que se acabe la violencia” (...) “¿Cuándo empieza la violencia en Colombia?” Con el asesinato de José A. Galán, la Guerra de los Mil Días para entregar Panamá con los hermanitos de Quintín Lame (...) ejércitos de Tantaló con las manos tan cerca del oro, la esmeralda, la orquídea, el café, la felicidad: fugitivo todo, permanentes apenas la tristeza y la esperanza”

El capítulo final, uribórico, centra el foco filmador en el testificante que cierra el eterno retorno, entreviendo nuevas oportunidades en los niños traviesos que alentarán la Madre, siempre forzada. Porque, desde luego, la aeronáutica y la policía y los secretos y los mafios controlan El Dorado, “Es imposible introducir armas (...) Carlos Pizarro León Gómez cambio el vuelo (...) Es cuando yo lo vi (...) rodeado de guardaespaldas (...) como yo, dirigió su mirada a esa pierna larga y esbelta de la guapísima señora que desatendía a sus hijos (...) El muchacho que se había dejado crecer el pelo entro al baño, abrió el compartimiento reservado para toallas de papel y extrajo las partes de la Ingram automática (...) cayó Aquiles que hasta ese momento había vivido detenido del talón por los dioses (...) En el zapato del asesino encontraron un pedazo de papel que decía: “recuerda que prometieron darle dos mil dólares a mi mamacita”

-¿Quiénes van a recordar? ¿Los que ordenaron el asesinato de Galán, los masacradores de artesanos, guerreros de mil días, y huelguistas del banano, los creadores de paracos y “falsos positivos” los firmantes de La Habana – incluido sionista representante del Pentágono y los milicos formados en la escuela de Panamá–; los parapolíticos del Congreso, Corte, Odebrecht, Reficar, con sus secuaces en cada sector público? ¿O quienes traicionarán a los asesinados, siempre, para unirse impunemente a Uribe y a los millones que no terminan por vivir aquí dejando espacio para que todos podamos superar la tormenta permanente de sangre pobre?

-¡Cuántos estudios, novelas, ensayos, textos auténticos y patriotas por escribir para acompañar las huellas que María José recoge en la matria ensoñada!